

La autoridad moral en la cultura (Meditación en el centenario de León Tolstoi)

por **Mauricio Wiesenthal**

*Conferencia pronunciada
el 26 de mayo de 2010*

Forum Deusto

La autoridad moral en la cultura (Meditación en el centenario de León Tolstoi)

Mauricio Wiesenthal
Escritor

Conmemoramos este año el Primer Centenario de la muerte de León Tolstói y quisiera compartir con ustedes una sencilla meditación sobre la vida y el pensamiento de este escritor que fue uno de los últimos maestros que defendieron con autoridad moral los valores sagrados de nuestra cultura.

Las epopeyas, el teatro y la literatura de nuestros grandes clásicos fueron obras de auténticos maestros: hombres que poseían una «autoridad moral.» No escribían para entretener a un pueblo ocioso y aburrido, sino para comunicar a sus lectores una experiencia de la vida.

En el viejo mundo que se apagó a comienzos del siglo xx aún quedaban pensadores, políticos y escritores que conservaban los valores humanistas y la preocupación moral que distinguieron al pensamiento europeo. Pero las cosas han cambiado mucho desde que los cerebros del materialismo conquistaron el poder y crearon un *nouveau régime* más fuerte que el antiguo, basado en el imperio de la riqueza, así como en las ambiciones sin medida de los sistemas capitalistas.

Estos monarcas del oro —y las instituciones políticas que les sirven— ya no tienen nada por encima de sus cabezas: ni las virtudes nobles del mundo pagano ni la fe que los enciclopedistas minaron y demolieron, tan cuidadosamente. No quieren problemas, sino entretenimiento. Y pagan lo que haga falta para que los artistas, en vez de crearles inquietudes, les proporcionen un jardín de las delicias.

No habían pasado cuatro años desde la muerte de Tolstói, cuando la Primera Guerra Mundial ahogó en sangre y fuego las ambiciones del capitalismo europeo y los delirios militares de los nacionalismos. Todo eso lo había previsto el viejo León. Y, después de la caída de los zares, se abatiría sobre su querida Rusia el despotismo del imperio soviético

que destruía los valores del humanismo con la simplicidad filosófica del materialismo científico. Pero aún faltaban otros capítulos vergonzosos en la historia del siglo xx. Y, muy pronto, sobre la Europa en ruinas aparecerían los movimientos nazis y fascistas que olvidaban todo ideal de humanismo y de renacimiento, confundiendo la resurrección moral de una cultura con un plan industrial de poderío militar, de organización estatal y de reconstrucción económica. ¿Cómo no pensar que una cultura se destruye cuando carece de valores reales de justicia y cuando olvida sus ideales de renacimiento, proponiendo sólo un horizonte de abundancia, de oportunismo moral y de progreso material sin fe?

El sabor del pan

Hace muchos años, Eugen Relgis, escritor rumano que frecuentó el círculo de Tolstói, me regaló un pan duro que había sido horneado en Iásnaia Poliana. Rebelde internacionalista y pacifista, Eugenio Relgis murió exiliado en Montevideo. Conservo su correspondencia y sus libros, dedicados con una letra tan diminuta que ahora me cuesta trabajo leerla. Pero estaba lleno de sabiduría y de calor humano, como aquellos profetas pacifistas y socialistas que fueron sabios y maestros de fe en otros tiempos. Fue amigo de Zweig y de Gorki, de Gandhi, de Romain Rolland y de Leon Bazalgette, de Georg Friedrich Nicolai y de Federica Montseny. Era sordo y esta condición le llevó a interesarse apasionadamente por la comunicación con otros seres humanos, hasta tal punto que no creo que nadie haya conocido a más personajes interesantes en la vieja Europa.

A través de Relgis y de sus libros y sus cartas llegué a completar mi conocimiento del mundo tolstoiano porque él había sido amigo de Pável Birukoff, uno de los últimos discípulos de Tolstói: uno de los personajes que Sofia Tolstaia llamaba «oscuros» y que amargaron sus últimos años.

Birukoff era un socialista y pacifista tolstoiano y se refugió, después de la Revolución de Octubre, en Villa Russe: una casita color de rosa en el pueblecito suizo de Onex. Muy cerca, también a orillas del lago Lemman, vivió Romain Rolland, otro de los grandes humanistas del siglo xx que fue amigo de Relgis.

Romain Rolland podía considerarse el alma de la Cruz Roja y una de las pocas personas que, en la locura de la Primera Guerra Mundial, conservó ideales de solidaridad. En septiembre de 1914 había publi-

cado en las páginas del *Journal de Genève* un artículo con el título de *Au-dessus de la Mêlée* que le situaba en la primera línea del pensamiento pacifista. Este discípulo de Tolstói levantaba sobre Europa la voz de la inteligencia y convocaba a los artistas y a los intelectuales a luchar contra «las guerras zoológicas».

Al acabar la Primera Guerra Mundial, ya Romain Rolland tenía claro que los europeos habían quemado su propia casa y que los norteamericanos serían los únicos que tendrían dinero y espíritu para comprar, al menos, las ruinas. Se adivinaba, en las palabras pesimistas del maestro, el temor de que los artistas, comprados por el capitalismo, no volvieran a ser, nunca más, hijos del espíritu. Pero los europeos somos así: no sólo hemos sido capaces de destruirnos ferozmente entre nosotros mismos sino que, como salvajes, arrasamos Lovaina, bombardeamos la catedral de Reims y, cuando impusimos el materialismo sobre nuestra vieja cultura de las luces, destruimos, también, nuestro Arca de la Alianza: el secreto críptico de nuestra historia y nuestra condición moral...

Pável Birukoff, el discípulo de Tolstói, tenía innumerables recuerdos de lásnaia Poliana y era, sobre todo, un gran conocedor de las ideas políticas y religiosas tolstoianas. A las personas que le visitaban solía mostrar la primera edición de *El reino de Dios está en vosotros* y leía con voz profunda las palabras de Tolstói:

«El obrero de nuestros días, aun cuando su trabajo es mucho más fácil que el de un esclavo de la antigüedad, aun cuando ha obtenido la jornada de ocho horas y el salario de tres dólares, no dejará por eso de sufrir, porque produce cosas que nunca aprovechará»

Así explicaba también Birukoff la exigencia capitalista de producir cosas inútiles y la necesidad de imponer la fuerza, para crear mercados, llevando los pueblos a la guerra. Nadie puede ser moralmente feliz en un mundo que produce lujosos y terribles juguetes para entretener a los ociosos.

Eugenio Relgis me regaló un pan negro horneado en lásnaia Poliana. Y fue él quien me puso tras las huellas de los amigos de Zweig y de Gorki, de Thomaš Masaryk y de aquellos últimos maestros a los que muchos de mis contemporáneos de mediados del siglo xx comenzaban a preterir y a olvidar. ¡Qué privilegiado me siento de haber conocido a estos personajes del mundo antiguo que pronto serán reliquias sagradas!

Aquel pan duro de lásnaia Poliana lo guardé entre mis reliquias, hasta que se lo regalé a un mendigo. Era un místico hereje que no en-

traba en la iglesia, pero se acercaba discretamente a la puerta del templo, cada domingo. A veces me confesaba que algunos sacramentos, como el pan y el vino, le confortaban de lejos, con sólo olerlos. Y yo recordaba que los discípulos de Jesús le reconocían a cien metros, cuando —en días de tormenta y de mala pesca— oían su voz en la otra orilla del Lago de Tiberíades y el Maestro les decía cómo y dónde debían lanzar sus redes para sacarlas llenas.

Francisco, el mendigo, era ya muy viejo. Había sido anarquista en la Guerra de España, jardinero en Brasil, curandero en Argentina y mendigo en Barcelona. Hablaba de Tolstói como si lo hubiese conocido. Un día le convencí para que me acompañase a una taberna, aun sabiendo que —como tolstoiano— era abstemio. Pero le conté la historia sagrada de aquel trozo de pan duro, horneado en casa de Tolstói, y nos lo comimos mojado en vino, como si estuviésemos celebrando la comunión de los pobres.

La primera vez que llegué a Moscú decidí encaminarme enseguida a la vieja casa solariega donde habían vivido los Tolstói. Para encontrar el camino recordaba de memoria todas las pistas que me habían dado Eugenio Relgis y los amigos *oscuros*. Los místicos marcamos siempre los caminos con migas de pan.

No se celebraban las fiestas religiosas en la Unión Soviética, pero en mi calendario ruso era la vigilia del Domingo de Ramos cuando llegué a la capital. Las últimas nieves de la Cuaresma formaban, todavía, sombreros blancos en los tejados y en los árboles de los parques, pero las manchas que quedaban en el suelo tenían ya un color sucio de estaño. ¡Cuaresma! ¿Quién se acordaba entonces de estas fechas religiosas que estaban marcadas en el calendario tolstoiano que me habían dado mis amigos «oscuros»?

Me aburría soberanamente aquella inmensa ciudad de policías, soldados y burócratas que algunos consideraban misteriosa capital del Telón de Acero. Todo estaba programado por mis guías oficiales: la visita de los museos, las entrevistas, los conciertos, el teatro, el encuentro con el director de la Pravda, los lugares que querían enseñarme para que yo escribiese sobre los Juegos Olímpicos de Moscú y hasta me proporcionaban un programa diario con sugerencias para las horas de paseo

En mi calendario era Semana de Pasión y, cuando visitaba la casa de madera donde había vivido Tolstói en el barrio de Khamóvniki, me imaginaba tiempos pasados: la noche del Jueves Santo y, en los trineos, mujeres con velos que iban a los oficios de los Doce Apóstoles. Había

manchas de nieve bajo los árboles y las cortinas olían a humedad. No había nadie en la casa de Tolstói: los sillones de piel vacíos, las vajillas dispuestas sobre la mesa del comedor, los juguetes de los niños tirados en torno al caballo de madera, las tareas sin acabar y un reloj despertador a las diez y cinco. Y en mi hora antigua, los penitentes que habían asistido a la primera Misa —mal vestidos en señal de arrepentimiento— se arreglaban bien para el último oficio del día.

En los años de mi viaje había sólo unas pocas iglesias ortodoxas abiertas en Moscú. Mis atentos acompañantes de la KGB no perdían ocasión de hacer propaganda y me hablaban del Día de la Ciencia, del Día del Genio o del Día de la Radio. Sobre todo me costaba no sonreír cuando me hablaban del Día del Tanquista.

Yo veía huevos de Pascua decorados en los escaparates y me imaginaba la Catedral del Kremlin en los oficios de Pasión. Esa era la Rusia de Tolstói y, por eso, buscaba en todas partes el culto poético de la iglesia ortodoxa. Y, mis amigos, al ver que —a diferencia de otros visitantes de la Unión Soviética— no me interesaba en absoluto por la mitología de las Fuerzas Militares, debían tomarme por loco. Tenían ya claro que no era espía —a pesar de que mi apellido judío les inquietaba sobremedida— ni era un turista curioso ni tampoco un intelectual indoctrinado por los prodigios de la Unión Soviética. Por eso me invitaban a sus casas, con toda confianza, a oír por radio los partidos del Torpedo, del Lokomotiv y del Dynamo. Yo les llevaba algo de comer y ellos dejaban que sus abuelas y sus hermanas me hablasen de religión, de canciones antiguas, de romances y de amor: otras figuras mágicas, aparentemente escondidas o desaparecidas en medio del Gran Teatro Soviético del Telón de Acero. Tenían un gramófono y discos antiguos de tangos y romanzas con títulos que a mí me sonaban como versos de Anna Ajmátova y de Marina Tsvetáieva: mi trenza morena, rosa de hielo encanecida, o déjame olvidarte a tu lado.

Recuerdo una canción que hablaba de una rosa escarchada y que cantaba una mujer de voz pastosa y cálida. ¡Qué ambiguas pueden ser las palabras Amado-Amada en una noche de Pasión prohibida!

¡Amor mío! ¡Escucha, escucha, amor mío!

No me acuerdo bien de la letra, pero siento la música.

Es de noche y nieva. Moscú duerme y yo no duermo, pero ¡cómo no duermo! Amor mío. ¡Cómo canta ardiente la sangre de noche, escucha, oye, escucha amor mío!

Debía ser un verso de Sofia Parnok; eran sus rosas, eran sus nieves, eran sus cielos de plata, sus madreperlas y sus amores femeninos, pero lo tengo todo perdido en mi ignorancia y en mi olvido.

Bailaba con la hermana de uno de mis amigos, apoyando la mejilla en su mejilla, besándola sólo con la música, sintiéndola en mis brazos, dejándonos llevar por la poesía, la nieve y las rosas escarchadas. Y la voz maravillosa y cálida de la cantante revoloteaba sobre la guitarra *¡Escucha, escucha, amor mío, moya dusha (mi alma)!*

Pero el baile duraba poco, porque las abuelas querían contarme cosas de Rusia, de la otra Rusia, de una Rusia que estaba entonces —como la Pasión de Cristo— prohibida.

Una de las abuelas se emocionaba al ver cómo me interesaba por las liturgias de la Iglesia Ortodoxa. Se asombraba cuando le preguntaba por figuras que entonces no significaban nada para la mitología comunista. Pero a mí me interesaban las mujeres evangélicas que llevaban los perfumes de mirra: las *mirróforas*, como María Magdalena que le dice a Jesús: «Señor, desata mis pecados, como yo suelto mis cabellos».

En aquella Pasión prohibida de mis días en Moscú (en ruso «pasión» se dice también *Srast*, igual que el amor desenfrenado) me imaginaba a María de Magdala escondiendo el Santo Grial para guardar el recuerdo de un amor puro. Sin duda, el *rabí* Jesús no le quitó la pasión —como enseñan ciertos moralistas—, sino que le enseñó una nueva forma de amar; igual de apasionada... pero más bella.

La sencilla casa de las abuelas no era precisamente la catedral del Kremlin con sus coros de monjes. Pero, cuando leía las descripciones de los oficios en Tolstói, sentía que la gente de aquel pueblo ruso que tanto he amado era la misma de siempre: las mujeres con sus velos, los hombres con sus gorros de piel, envueltos en largos abrigo; los niños alegres con cabellos brillantes y engominados, y las niñas preciosas con sus lazos de colores.

Leía las descripciones de la fe popular en Tolstói y sentía también la emoción de Rilke cuando pudo asistir en el Kremlin a la Misa de la Noche de Pascua. Y así, interrogando a las abuelas, asistiendo a pequeñas ceremonias litúrgicas y buscando fotos y estampas en casa de mis amigos, iba tomando las notas que luego me permitieron describir los oficios en mi novela *Luz de Vísperas*.

Mis amigos —yo estaba aún convencido de que todos debían informar luego a la KGB— jugaban a los naipes, dormitaban, escuchaban el

partido de fútbol en la radio o bebían el vodka que yo, como extranjero, les conseguía en el economato. Y las abuelas, sollozando, hablaban y hablaban, haciéndome vivir aquella liturgia dorada. Una de ellas —blanca como la nieve— estaba impedida en una silla y, cuando hablábamos de religión, se enjugaba con un paño de cocina las lágrimas de sus ojos enrojecidos.

— ¿Os acordáis? —explicaba la abuela paralítica—. Encendíamos los cirios y salíamos de la catedral en procesión, siguiendo a los popes con sus coronas y sus galas

Las tres ancianas parecían en trance, transportadas por sus recuerdos. Se iban completando las frases, como si rezasen:

- Y los sacristanes con la Cruz —decía una.
- Y los báculos —seguía otra.
- Y los relicarios y los iconos...

La abuela impedida —inmóvil, como un copo, bajo su manteleta de lana blanca— era la que más hablaba.

Yo escribía incansable, imaginando todo lo que ellas contaban y componiendo con sus palabras el escenario de la Pascua Rusa. Me parecía que tocaban para mí todas las campanas del Kremlin

- ¡Mira, mira! —me decía una de las abuelas, mostrándome una postal antigua.

Era otra noche más lejana. En la habitación contigua se oía el partido de fútbol. Pero en la postal se veía la colina del Kremlin, las luces de la ciudad, las ventanas iluminadas de los palacios, los bulbos de las torres de las iglesias.

- «*Khristós vaskries!*, «¡Cristo ha resucitado!», rezaban los popes, alzando los cirios.
- «¡En verdad ha resucitado!», *Vaistinu vaskries!* —respondían las otras abuelas mostrándome una estampa en la que se veían los popes con candelabros.

Me habría gustado llamar «madrecitas» a las tres abuelas que me explicaban estas cosas, llorando y santiguándose mil veces, alentadas por la pureza de su fe.

- ¡Mira esta flor cómo ha florecido! —me dijo una de ellas, mostrándole una maceta en la que despuntaba un capullo blanco como la nieve.

La abuela que no podía moverse de la silla se persignó, llevando los dedos desde la frente al vientre y del hombro derecho al izquierdo. Me sentía lleno de emoción, arrastrado por aquel vendaval de sentimiento y de ingenuidad, de ternura y de alegría. «El Señor hizo este día, repelían las mujeres.»

En mi calendario antiguo era el Día de Pascua. La cocina resplandecía bajo el polvo dorado de las estrellas.

Los maestros de la autoridad moral

En mi novela *Luz de Vísperas* hice que el protagonista, Gustav Mayer, comenzase su camino de escritor con una peregrinación a casa de Tolstói para conocer al Maestro que, entonces, encarnaba el sentimiento de la «autoridad moral».

Y no faltaban en aquellos tiempos, hombres de ascendente espiritual como Romain Rolland y Jean Jaurès en Francia, Benedetto Croce en Italia, Karl Spitteler en Suiza, Miguel de Unamuno en España, Thomaš Masaryk en Bohemia, Ellen Key en Suecia, Frederik van Eeden en Holanda y George Bernard Shaw en Inglaterra, por citar sólo algunos.

Otros personajes de tanta dignidad y altura espiritual, como Gandhi, reconocieron también esa importancia de la figura de Tolstói. El pensamiento del Mahatma debe mucho a la lectura de *El reino de Dios está en vosotros*. Una de las primeras comunidades agrícolas fundadas en Johannesburgo por el profeta hindú llevó el nombre de Granja Tolstói y, desde entonces, los dos apóstoles de la «no-violencia» mantuvieron una larga relación epistolar.

En mis tiempos de estudiante habían ya desaparecido todos esos personajes, pero muchos jóvenes sentíamos aún la pérdida de aquellos maestros, igual que los huérfanos sufren la falta de sus padres. Recuerdo que nos reuníamos para hablar de ellos, para intercambiarnos sus libros, sus ediciones en otros idiomas o sus fotos; o, incluso, para copiar páginas enteras de algunas de aquellas obras que sólo encontramos en las Bibliotecas porque no estaban a nuestro alcance.

Así he pasado horas en la Biblioteca Nacional de Madrid. Y no cuento las jornadas enteras —saltándome la hora del almuerzo— que dediqué a la lectura en la Bibliothèque National de Paris. Allí, en el viejo edificio de la calle Richelieu, dejé muchas horas mágicas de mi juventud, convertido en un monje de la literatura, repasando manuscritos y

leyendo bajo una luz santificante que dibujaba tonsuras en nuestras cabezas: llenas de locuras y fantasías. Algunos días tenía muy poco que llevarme a la boca, pero procuraba olvidar el hambre, escribiendo como un alma en pena. Y, en los días fríos del invierno, no tenía otro amparo que escuchar el órgano de Nôtre Dame des Blancs Manteaux y refugiarme, luego, en la Biblioteca Nacional para leer a Tolstói y a todos aquellos maestros que —antes de la caída moral de Europa— habían pensado que una cultura sólo se sostiene sobre horizontes de Fe y sobre un proyecto de ideas y de convicciones espirituales.

Tolstói era, para nosotros, más trascendente que Nietzsche, porque los dos habían visto con claridad cuáles eran las graves carencias espirituales de la civilización europea moderna. Para ambos, la sociedad burguesa que hizo la Revolución en Francia alcanzó su momento épico cuando defendió un nuevo proyecto de regeneración moral; aún a costa de manchar sus ideales republicanos y filantrópicos con los delitos, crímenes y robos que acompañan inevitablemente a las grandes revoluciones. Pero, pocas generaciones más tarde, aquella misma burguesía —enriquecida por los nuevos mercados que se abrían con las guerras y con las tierras que habían expropiado al clero y a los nobles—, demostró ser incapaz de asumir los valores idealistas de la cultura, desarrollando sólo un proyecto de poderío industrial y militar que se apoyaba en una costosa burocracia de Estado y que, en época reciente, distinguiría tanto al capitalismo como al comunismo. Ante ese vacío moral, el autor de *Zaratustra* quiso reemplazar las nobles y antiguas virtudes perdidas por una voluntad pagana, bárbara y heroica, que fue aceptada —con diferentes matices— por comunistas, fascistas y nazis. Y, en el lado contrario, el viejo León proponía una vuelta a los valores campesinos sencillos, a los nobles ideales artesanos y a una sabiduría franciscana basada en el sentimiento evangélico, en el respeto a la naturaleza, en el trabajo y en la exigencia moral. Por eso Tolstói encarna, mejor que nadie, la vieja idea europea de que el dinero es una vergüenza si no va unido a la cultura y a un proyecto social civilizador. Y, al defender esta visión antimoderna del progreso —batalla que libró con todas las exageraciones de un artista genial—, se presentó a los ojos de los europeos como un peligroso enemigo de la Ilustración.

Mis recuerdos de la Rusia de Tolstói

En aquellos tiempos de mi juventud en París —tiempos de hambre y visiones, de romanzas y literatura mística—, tenía amigos rusos exiliados y así aprendí a escribir en cirílico. Amor, amistad, pan y vino fueron

mis primeras palabras en la lengua de Tolstói. Mi primavera comenzaba en abril, como el antiguo año ruso, pues este era el tiempo pasional del clima de Moscovia que lleva un mes de retraso. Es la fecha en que los abedules blancos dan la fuerza de su savia a quien los abraza. En ruso, el abedul (la *birioza*) es femenino y, por eso, las canciones y los poetas hablan del abedul como si fuese una niña, un hada o una mujer. Esénin, por ejemplo, habla de «las trenzas de seda del abedul». Me sabía de memoria los versos de Púshkin, igual que las romanzas de Alla Bayanova, con su voz cálida y tierna. Poemas inolvidables: *Ya ehala domoj* (al regresar a casa) y el maravilloso verso de Anna Ajmátova *Chernye kosy*: un hilo plateado se ha enlazado en mis trenzas negras...

Cuando, al fin, pude viajar a la Unión Soviética y tuve el privilegio de conocer la casa de Tolstói en Moscú y su finca de Iásnaia Poliana, regresé lleno de papeles copiados a mano; muy torpemente algunos de ellos porque tenía que caligrafiarlos en cirílico. Me sabía de memoria la biblioteca de Tolstói (aún es la misma y todavía me manejo allí como si fuese su secretario) y me conozco todos los rincones de la casa.

Pensé que mi primer viaje a Rusia debía ser también una peregrinación interior. Así lo relaté en mi novela *Luz de Vísperas*. Para entender a Tolstói hay que comprender que —antes de la Revolución de Octubre— se conservaban en Rusia muchas ideas cristianas que ya se habían perdido en el fondo turbio de la cultura europea, pero que habían sobrevivido en la tradición de la Iglesia Ortodoxa. A diferencia del materialismo superficial de las sociedades burguesas, en aquel mundo campesino y artesano se mantenían los ideales de pobreza, tal como los formularon los Padres de la Iglesia.

Para que un lector occidental entienda cómo era aquel pueblo debe comprender primero la sed de luz y de absoluto que distingue a la mística oriental, tal como la encontramos todavía en los cuentos populares de los peregrinos rusos. Por eso, antes de hacer mi viaje —como luego lo novelé— estudié la doctrina de los *chestnye startsi* (venerables maestros) que predicaban la fe al pueblo ruso; pero no llevándoles por complicadas vías teológicas sino haciéndoles sentir la alegría de los árboles, de la tierra, de la luz y de todo lo creado, como un canto de optimismo y de gracia que conduce a la salvación.

Los largos viajes en tren de San Petersburgo a Moscú, a Tula, o a Kazán no eran fáciles. Todo era distinto en los trenes rusos: los vagones anchos y pesados, el olor de las pieles y del té caliente, el perfume dulce de los cigarrillos y la vigilancia de la policía que pedía los pasaportes continuamente... Por la noche, en las estaciones desiertas, las con-

versaciones sonaban como un poema de Púshkin o una página inacabada de Pasternák. Con las frases entrecortadas se oía el largo suspiro de la máquina cansada. Y, luego, se escuchaban tres tañidos de campana, mientras el convoy arrancaba lentamente —muy lentamente—, confundiendo con la neblina de los bosques iluminados por la luz de la luna. Y, a veces, los árboles estaban tan cerca de la vía férrea que los nudillos de las ramas nevadas golpeaban las ventanillas como manos amenazantes.

Pero en aquellas peregrinaciones fui comprendiendo mejor a los rusos y dándome cuenta de que el mundo soviético no era más que una terrible pantomima política y militar superpuesta, como un velo, sobre la verdad de Rusia. Incluso la idea de «telón de acero» quedó ya para siempre en mi mente como la imagen de un inmenso teatro. Poco a poco, llegué a adivinar —en medio de la propaganda moderna— la realidad del drama que se ocultaba desde hacía siglos en la tierra rusa. Fui aprendiendo a leer y a mirar dentro de esas tinieblas de despotismo y de injusticia que habían ido modelando el «alma rusa» y fui descubriendo así los valores que nos permiten comprender mejor la obra de Tolstói, sus ideas y su mensaje moral.

Todavía conocí a algunos que —setenta años antes— habían vivido el Domingo Sangriento en San Petersburgo y contaban, de forma dramática, cómo fue el asalto de los cosacos a los manifestantes que pedían justicia, menos horas de trabajo y supresión de la censura. Cargaban incluso contra las mujeres que llevaban cochecitos de niños pequeños. Siempre hacían lo mismo. El suelo estaba lleno de sangre y de banderas rojas y los Dragones seguían cargando, a latigazos, contra las mujeres y los niños que huían. Mis amigos rusos recordaban todavía la carta que Tolstói había enviado a Alejandro II cuando el zar juzgó y condenó a muerte a los anarquistas que habían asesinado a su padre:

«No podéis alimentar más que sentimientos de venganza hacia hombres que han asesinado a vuestro padre, y también un sentimiento de horror ante la responsabilidad que os cae encima. Pero la palabra de Cristo está ahí para destruir esta tentación. «Habéis oído que se ha dicho: Amarás a tu prójimo y odiarás a tus enemigos. Y yo, yo os digo: Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian» (Mateo, 5,43).

Muchos años más tarde, en días de luto y de sangre, algunos recordarían esta carta preguntándose qué habría ocurrido en Rusia si el terror hubiese sido conjurado con la piedad y la venganza con la clemencia. «La cobra pierde su veneno al morder», escribiría Gandhi, quizá

evocando la petición que Tolstói había enviado al zar en 1881 cuando le propuso indultar a los asesinos de su padre y enviarlos al exilio, publicando un manifiesto encabezado por esta frase:

«Y YO, YO OS DIGO: AMAD A VUESTROS ENEMIGOS»

Fuera de las grandes ciudades, en las aldeas, caía la nieve y, en el interior de las casas, se oía el agua caliente borboteando en el samovar. El humo olía a resina y a madera de pino. A orillas del Volga se veían las gabarras, dormidas en el ancho río, embarrancadas entre montañas de hielo y nieve. Sólo las cúpulas doradas y las cruces de los monasterios emergían en medio de la capa de armiño. El pueblo seguía esperando un milagro: unos pensaban en una Revolución, otros en un *stárets* milagroso como Raspútín y otros en un profeta como el padrecito Tolstói.

Había dos mundos: en la ciudad los intelectuales que pensaban en Revoluciones sangrientas y, en el campo, los pobres, los iluminados, los ofendidos. Estos no compartían las ideas de los «intelectuales». Querían una Revolución que hiciese justicia a los necesitados, pero no exactamente la de los libros. No comprendían el «sentido de la historia» y esas cosas de las que hablaban Herzen, Bakunin, Marx, Trotski y Lenin.

Para ellos la vida era como el Volga: un mundo bello por arriba y cruel por abajo, donde las especies luchan para procrear, desovar y alimentarse. En invierno todo está helado, las barcas se llevan a las casas hasta que llega la primavera y, en junio, las orillas aparecen llenas de flores. La vida de los pobres es así: eres feliz cuando te enamoras, cuando llevas a bautizar a tus hijos o cuando ves amanecer en el río, desde el puente de tu barcaza... Si naces en el río tienes que vivir en el río, amar el río, morir en el río. Y la revolución no consiste en «cambiar el sentido de la historia» ni en desviar el curso del río ni en negar a Dios que hizo las cosas como las hizo. Bastaría conseguir que los pobres que nacen en el río puedan vivir en el río.

Tolstói, al ser un campesino y un artesano, se dio cuenta de que la civilización industrial conduciría a la violencia tecnificada, al abuso de las burocracias de Estado y a nuevas formas de injusticia social, si no se la dotaba de una conciencia moral y de un contenido espiritual; sobre todo, marcándole unos límites y abriéndole horizontes humanistas. El Renacimiento fue tan grande porque supo utilizar la ciencia y la técnica —la brújula, el reloj, las lentes, el estudio de la anatomía— para conocer mejor el mundo, el universo y, sobre todo, el hombre. El siglo xx sería, por el contrario, tan inhumano porque utilizó buena parte

del progreso para crear riqueza sin conciencia. Ya algunos de los contemporáneos de Tolstói se dieron cuenta de que en el viejo aristócrata había una experiencia moral (podríamos llamarlo memoria histórica de clase) que no tenían los burgueses enrolados en las filas comunistas, como Lenin.

Y, por eso, muchos socialistas y anarquistas se sentían más cerca de Tolstói y desconfiaban de la idea bolchevique del Estado y de las ambiciones de Lenin, a quien Gorki —pese a admirarle en su valía intelectual— llamaba «hidalgüelo». Con cierta ironía podría decirse que Lenin sentía el tradicional rencor burgués hacia los aristócratas y, por eso, los condenaba; mientras que Tolstói, al reclamar el fin de la propiedad y exigir la liberación de los siervos, quería «salvar el alma» de los propietarios. En Tolstói no existen ni el odio de clase ni el odio racial: las dos formas brutales de injusticia que distinguieron a los teóricos de las revoluciones sociales del siglo xx y que fueron la causa de tantos y tan miserables crímenes.

Tolstói había visto ya que la ruina de Europa era inevitable. El momento europeo había quedado escrito con ceniza sobre nuestra frente el mismo día en que desaparecieron la fe y los ideales de nuestra cultura: la estrella que guiaba a nuestros peregrinos, el trabajo humilde y paciente de los artesanos, la misericordia y la piedad, el sueño de la obra bien hecha, la pobreza modesta y consentida, los deseos ardientes del corazón, los iconos milagrosos de las Madrecitas, los dedos que se vuelven transparentes al encender una vela, la gaya ciencia de aquel antiguo poeta florentino que nos enseñó cómo, en apuestas de amor, nada se pierde *Amor, ch'a nullo amato amar perdona*. Amor, que a nadie amado amar perdona...

El mundo de ayer no está tan lejano

No sé si un contemporáneo puede presumir de conocer mejor a un maestro por haberlo tratado personalmente. Yo tuve que conformarme con leer pacientemente obras, biografías y cartas de Tolstói, buscando a sus amigos y discípulos, recorriendo su mundo y visitando muchas veces sus casas en Rusia.

Me dolía en el alma comprobar que mis contemporáneos hablaban de Tolstói como si fuese un resto arqueológico perdido en la oscuridad de los siglos. Me apenaba ver cómo inculcaban a los jóvenes una imagen lejana y empolvada del maestro, creando una falsa distancia que

los expertos del oscurantismo iban ahumando intencionadamente para crear un efecto tenebroso. Me daba cuenta de que, en el escaparate del mundo materialista moderno, hay expertos en ensombrecer y ocultar, igual que hay especialistas en iluminar. Es muy fácil dirigir un foco a un escenario para dar fuerza a un figurante y, por el contrario, oscurecer a una primera figura apagándole las luces. Ni comunistas ni capitalistas, ni piadosos ni ateos amaban la figura de Tolstói, el viejo profeta ruso que, leyendo el Evangelio de San Mateo había fundamentado una filosofía de la no-violencia. Menos aún le apreciaban los burgueses que le habían oído repetir mil veces la frase de Proudhon: «la propiedad es un robo». Y, al final de su vida, muchos le consideraban un viejo loco, más que un maestro; sobre todo desde que —a causa de sus ideas místicas pero rebeldes— había sido excomulgado por la Iglesia Rusa.

Pero, a pesar de que el burdo materialismo del siglo xx quería apartarnos del pasado espiritual de Europa y pretendía entretenernos con fuegos artificiales, algunos nos dábamos cuenta entonces de que Tolstói no estaba tan lejos y que sus diatribas contra la caída de los valores y la falta de fe eran apasionantes. Porque la «autoridad moral» no sólo es el fundamento de la política sino también la base conmovedora de la gran Literatura.

No todo el pasado se había hundido en las tinieblas y en la lejanía, como querían hacernos creer los vendedores de «novedades». Alexandra Lvovna Tolstaia —Sacha, la hija de Tolstói— vivía en Valley Cottage (Nueva York) en 1972, cuando pude conocer a esta fiel compañera de su última y desesperada fuga. Era ya casi nonagenaria, pero aún se ocupaba de los huérfanos y de los emigrantes y, en la Tolstoy Foundation, mantenía vivos los ideales pedagógicos, humanistas y morales de su padre. Fue ella quien ayudó a Vladímir Nabokov y a Sergei Rachmaninoff a huir de los bolcheviques.

Explico estas cosas porque tengo la fundada sospecha de que la propaganda frívola, escandalosa y confundidora del siglo xx sometió a los jóvenes a una experiencia brutal: alejarles la imagen de sus abuelos y sus mayores, de forma que el mundo pareciese rodar a una velocidad enloquecida en la que los valores que llamaban «antiguos» iban siendo sustituidos por otros más eficaces, mejores y más grandes. No creo, naturalmente, que los verdaderos valores cambien, pero estoy convencido de que nadie se interesaba hace cuarenta años cuando yo decía que la hija de Tolstói estaba viva y que merecía la pena invitarla en las televisiones o entrevistarla para que los jóvenes conociesen el mensaje de su padre ¡Cuántas sonrisas escépticas!

Creo que los jóvenes del siglo **xxi** ya han tenido tiempo suficiente para descubrir la falacia de aquellos vendedores de plástico que querían sustituir la literatura por juegos de palabras y pretendían transmutar los valores a base de «devaluaciones» ¡Cuántas devaluaciones aplicadas sobre el esfuerzo moral de generaciones de trabajadores honrados y humildes! Cada vez que veo escrita en grandes titulares la palabra «Crisis» siento dolor por los jóvenes, pero pienso también con pena en los padres y las madres que —arrastrados por el materialismo de la época— les han legado este mundo.

En ese juego de supresión de valores y rupturas, que ocupó a muchos intelectuales del siglo **xx** —entre crímenes, campos de exterminio, revoluciones culturales, Gulags, dictaduras, inflaciones y otros entretenimientos— se fueron acumulando en la cabeza de los jóvenes muchos nombres «comerciales», hasta hacerles perder de vista cuáles eran los verdaderos valores que desaparecían enterrados entre tantas marcas y tan repetitiva propaganda.

Me dolía comprobar —cuando hablaba en universidades— que muchos jóvenes no sabían ya dónde incluir los grandes nombres del pasado porque ciertos maestrillos les habían convertido la historia en arqueología. ¿Quién les habló jamás de Ellen Key, la escritora sueca que tanto combatió a favor de la mujer, pero que además luchó por el sueño idealista —tan vilmente profanado— de que el siglo **xx** fuese conocido en la historia como «el siglo del niño»? ¿Quién les habló de Georg Friedrich Nicolai, el maestro espiritual de Einstein? ¿Quién les ha explicado la vida de Charles Freer Andrews, el discípulo de Cristo, de Tolstói y de Gandhi? A nuestros jóvenes les han arrinconado en un horizonte remoto y oscuro los nombres de Borís Pasternak (m.1960), de Benedetto Croce (m.1952), de Stefan Zweig (m.1942), de Ortega y Gasset (m.1955), de Georg Friedrich Nicolai (m. 1964), de Romain Rolland (m.1944) o del mismo Tolstói (m.1910) —¡el mundo de ayer!— mientras les sustituían la memoria de los grandes maestros, y el respeto que debemos a nuestros mayores, por una nómina de personajillos que se hacían famosos en el teatro de títeres de la política, en la fábula de mal gusto de los nuevos ricos, en el aparatoso espectáculo de los Oscars —¡cuántos genios, Señor, cuántos genios!— o en penosos festivales de la canción

La revolución pendiente de la autoridad moral

El estudio de los clásicos nos permitía a los jóvenes, hace medio siglo, encontrar sistemas fiables de comparación y de medida, calibrando

nuestros «valores». En el mundo de los valores se necesita siempre un instrumento de medida que dependa lo menos posible de criterios arbitrarios, deficientes y caprichosos.

La *paidea* antigua, al valorar a los clásicos, influyó decisivamente en la formación de los jóvenes europeos, convirtiéndonos en hombres de carácter; más preocupados por la «autoridad moral» y el destino de nuestra cultura que por las modas y las experiencias oportunistas del mercado del arte contemporáneo. Afortunadamente, teníamos a los viejos maestros literarios para darnos cuenta de la exigencia de formación, paciencia y trabajo que reclama el oficio intelectual. Y, por eso, algunos idealistas —quizá los jóvenes menos astutos y prácticos de nuestra generación— intentábamos preservar esa herencia, guardando sus reliquias. Hicimos lo mismo con muchos símbolos y principios ideales de la fe religiosa que nos siguen pareciendo humanistas, tolerantes, propagadores de amor, fundamentales para la cultura, iniciáticos para un camino de sabiduría y, por lo tanto, sagrados.

Pero, después de expropiarnos a los clásicos, los fabricantes de material de consumo y basuras comenzaron a vendernos toneladas de saldos, juguetes peligrosos para adultos y productos defectuosos a precio de grandes marcas. No hace falta ser un genio de la economía para comprender la bajeza de este juego, pero al menos hay que reconocer que aquellos «cerebros del materialismo del siglo xx» eran unos fulleros laboriosos y aplicados; unos pícaros tremendamente inmorales pero bien preparados.

Tengo la idea de que el materialismo tiene una responsabilidad infinita en estos crímenes realizados contra los jóvenes del siglo xxi. Ya se oye decir —¡qué tarde!— que, en los fundamentos de las nuevas crisis económicas del capitalismo (vendrán otras muchas y peores, que nadie se engañe), hay una crisis de valores. Dedicué mi novela *Luz de Vísperas* a esa tragedia.

Recuerdo que, cuando vi cómo Alexandra Tolstaia —la hija menor de Tolstói, su discípula más fiel— vivía dedicada como una hermana misionera a los emigrantes en Estados Unidos, sentí la pervivencia real del viejo Maestro en el Nuevo Mundo. No hace falta ser coetáneo de un maestro para convertirse en su discípulo y sentirlo presente. Esto es algo que deberíamos enseñar también a nuestros hijos.

Me conmovió la presencia del «pensamiento» de Tolstói *in partibus infidelium*, porque allí, en los Estados Unidos, estaban también los más fuertes y optimistas promotores de la nueva revolución capitalista

y los apóstoles del olvido de los valores del Viejo Mundo. Occidente ha producido buena parte de la propaganda materialista e inmoral que hemos consumido con avidez; sobre todo desde que los títeres del Telón de Acero —que eran la alternativa a los cómics capitalistas— dejaron de representarse cuando se les derrumbó el teatro. Y, sin embargo, mientras esos halcones volaban sobre el mundo, triturando en una máquina de dinero los valores de la cultura, los Estados Unidos —en sus pueblos y sus escuelas, en sus iglesias y sus bibliotecas, en sus museos y salas de conciertos— guardaron como un tesoro a sus maestros.

Los norteamericanos no han perdido sus símbolos de identidad cultural ni sus valores. Saben distinguir todavía entre sus costosísimos —y, a veces, vulgarísimos— «shows» donde todo se amontona a toneladas, y los valores sencillos de la vida democrática y de la verdad interior. Creen en sus precursores y en sus pioneros, mantienen su fe y defienden hasta el heroísmo a un país gobernado democráticamente para que la política no corrompa los ideales de la cultura.

«*Grave and hesitating*, grave y titubeando —leemos en Whitman— escribo estas palabras: Los muertos están vivos. Quizá son los únicos vivos, los únicos reales, y yo el aparecido, yo el fantasma.»

¿Sentiremos esa vergüenza los europeos al conmemorar el Primer Centenario de Tolstói? ¿Tendremos la valentía de proclamar que nuestros muertos también están vivos?

Quizá ya es tarde para Tolstói e, incluso, para Nietzsche que aún sería más duro con estos filántropos de la política (creo que ahora les llaman «buenistas»). Hemos perdido la idea del bien común que fue tan importante para el cristianismo y, también, para el excomulgado Tolstói: «*El reino de Dios está en vosotros*». Pero el bien común implicaba deberes y derechos, mientras que el «buenismo filantrópico» consistió siempre en dar lo que nos pidan, sin responsabilidad ni criterio, para que nos dejen tranquilos.

No nos respetamos a nosotros mismos —diría Tolstói— y por eso no sabemos amar. Defendemos lo mismo una condena de muerte que un derecho de vida. Cerramos los ojos ante los sometidos al hambre, a la discriminación arbitraria, a la dictadura o a la miseria, diciendo que los «buenos» no deben movilizarse ni intervenir ante las injusticias sino pagar impuestos. ¿A quién?

Hemos creado un mundo capaz de globalizar una enorme riqueza material, pero somos incapaces de globalizar la infinita riqueza moral y espiritual que tenemos en nuestra ciencia y en nuestra cultura...

¿Esperamos acaso que la felicidad universal se parezca a la posesión espasmódica de la riqueza material? ¿Nadie lee ya el Evangelio de San Juan?: «El conocimiento de la verdad es lo que os hará libres». Medio mundo cree en verdades fanáticas sin libertad. Y el otro medio busca una experiencia de la libertad sin verdad.

La revolución comienza por la revelación

Pienso que sería hoy interesante iniciar un debate para hablar de Tolstói como Autoridad Moral. Es algo que se está perdiendo en la Literatura donde los autores, llevados por las ventas y por la política comercial de los grandes números, se convierten en juglares del entretenimiento. A veces me pregunto qué recursos tenemos hoy quienes creemos en valores libres, en ideales y en proyectos humanistas para responder a las tormentas de terrorismo o de fanatismo que nos amenazan y que serán cada día más frecuentes en las próximas décadas.

El mundo occidental, falto de fe y de autoridad moral, va dejando inmensos desiertos de ideas y valores en el alma de los hombres. Y esas landas áridas de desengaño y aburrimiento son claramente visibles por cualquier enemigo que tenga un mínimo de inteligencia y de fuerza. Los desiertos morales son siempre «espacios conquistables». No es extraño que los fanáticos redoblen sus golpes y sus asaltos en esos vacíos donde ven la flaqueza de su enemigo. Hace muchos años, un camellero del Sahara me enseñó que los hombres del desierto explican a sus hijos una sabia y prudente cautela: si el jeque no construye una Ciudadela en la roca más alta, la comarca será invadida, tarde o temprano, por una tribu de bandidos.

Cuando Gandhi inició la lucha por la independencia de la India y la fundamentó en la no violencia, sabía lo que hacía: eligió la vía de la «autoridad moral». Y Churchill y Lord Mountbatten —sus adversarios políticos— se dieron cuenta pronto de que estaban perdidos ante aquel profeta que vestía como un paria pero que sabía ocupar las alturas de la ciudadela. Y así ocurrió que los propios británicos se rindieron y fueron conquistados por la no-violencia y la autoridad moral de Gandhi. He tenido en mis manos los libros que el Mahatma Gandhi enviaba a su maestro Tolstói y que se conservan en la biblioteca de Iásnaia Poliana.

Los británicos perdieron el Imperio en esa batalla intelectual porque son un pueblo que entiende —o entendió siempre— el lenguaje de la

«autoridad moral». Y no habrían perdido jamás el imperio en una guerra convencional. Hitler fue ajusticiado en una guerra con Inglaterra y Estados Unidos, pero Gandhi no perdió la suya.

Gandhi fue asesinado, sin embargo, por un fanático musulmán. Y hoy reaparece ese problema que nos afecta tanto a nosotros como a los propios musulmanes liberales. Hay unos fanáticos que se disfrazan de «autoridad moral» y seducen a las masas. ¿Qué tenemos nosotros para oponerles?

Presentar hoy un debate sobre el Escritor como Autoridad Moral sería ya un acontecimiento en este Centenario de Tolstói, porque nadie sabe ni siquiera lo que eso significa. Ahí estamos los escritores, orgullosos de nuestros premios y nuestras cifras de venta. ¿Qué ideas aportamos? ¿Qué significamos para la Fe de los hombres? ¿Qué valores proponemos a la sociedad? ¿Qué somos más que vendedores de historias de papel? Por eso el anonimato, el folleto y la producción en serie amenazan al pequeño librero.

El materialismo nos destruye y nos arrastra en su caída por falta de valores. Y, al otro lado, en nuestro desierto moral sin ciudadelas, el fanatismo siempre encontrará supersticiones para exaltar a terroristas y kamikazes.

Hay que reconocerlo claramente: a quienes creemos en la libertad, en los valores espirituales, en la vía de amor, belleza y paz de las religiones y de la cultura, no nos servirán las bonitas razones del «sereno ateísmo racionalista» para luchar contra esa barbarie. Tolstói fue ya un precursor en esta batalla, cuando se rebeló contra la frialdad racionalista y la tibieza del relativismo moderno. Tenemos que responder con nuestro corazón y nuestra fe. Este es un reto que, en estas fechas del Centenario de Tolstói, se plantea claramente a los jóvenes. No son los políticos los que pueden recuperar los valores de nuestra cultura, sino que se necesitan «autoridades morales»

